

# SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

## LA ASUNCION DE LA VÍRGEN AL CIELO.

---

*Et usque ad antiquum dierum pervenit... et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum.*

Y llegó hasta el anciano de días... y dióle la potestad, y la honra, y el reino.

(DAN., cap. vii, versículos 13, 14.)

I. Una de las visiones más admirables que tuvo el profeta Daniel fué aquella en que vió que un individuo de la naturaleza humana llegó hasta el Trono del antiguo de días, y fué ofrecido y presentado á Él, dándole Este en el acto la potestad, la honra y el reino, y disponiendo que todos los pueblos, y naciones, y lenguas lo adorasen y sirviesen; y declarando que su reino sería eterno, y su potestad imperecedera. Al ver esto, dice el mismo Profeta, me llené de asombro, quedé consternado, y me conturbaron las visiones de mi mente. (Dan., cap. vii, 15.)

Bien sabeis, mis amados oyentes, lo que significaba esta vision; era la manifestacion del gran misterio escondido en los años de la eternidad, misterio que habia de descubrirse en los tiempos definidos por Dios mismo; el Hijo de Dios, engendrado eternamente por el Padre, Dios de Dios y Luz de Luz; el Hijo de Dios, que es de la misma esencia, de la misma sustancia, de la misma naturaleza que su Padre espiritual, inmortal é invisible en ésta, habia de tomar la nuestra uniéndola á la suya, siendo

hombre sin dejar de ser Dios, y elevándola á tan inefable sublimidad, que, sobrepujando á cuantas alturas hay en los cielos, á los ángeles, á las dominaciones, á los querubines y serafines, la habia de colocar en el solio mismo de su Divinidad, para que, como dice San Leon (Serm. I de *Ascension. Dom.*), se uniese en el Trono á la gloria del Padre, puesto que estaba unida á su naturaleza en la persona del Hijo.

Hé ahí la sublime vision de Daniel, la cual empezó á cumplirse en el momento de la Encarnacion, continuó verificándose en el dia admirable de su Resurreccion y Ascension de Jesucristo á los cielos, y se completará cuando llegue el dia en que entregue el reino á su Padre, despues de haber destruido la muerte y despojado á todo principado y potestad y virtud. (I Cor., cap. xv, 24.) Cuando este Hijo de Dios se hizo hombre, recibió de su Padre la uncion del sacerdocio eterno, para que fuese nuestro mediador y redentor; cuando resucitó de entre los muertos, recibió la uncion santa de la alegría, para que reinase en Sion su monte santo; cuando subió á los cielos, tomó posesion de su Trono, y cuando presente al Padre la innumerable muchedumbre de escogidos, será confirmado su reino, siendo éste eterno é inmutable, no sólo en el rey, sino en todos aquellos sobre quienes reinará por los siglos de los siglos.

II. Veo, amados oyentes, que estais asombrados de oir la relacion de tanta grandeza; un hombre semejante á nosotros sentado en el Trono de Dios, mandando como Dios, teniendo el mundo en su mano como Dios, y reinando como Dios, es en realidad lo más sublime que puede verse, lo más inefable que pueda contemplarse. Pero hay que considerar dos cosas: la dignacion de Dios, y sus consecuencias. La dignacion de Dios en haber querido hacerse nuestro hermano, será el asombro de los querubines por toda la eternidad; las consecuencias de esta

dignacion ya no causan tanto asombro; porque, una vez unida la naturaleza del Verbo del Padre á la humana en unidad de persona divina, se concibe con facilidad que, siendo esta union de una perennidad eterna, é indivisible, é inseparable, habia de estar siempre la naturaleza humana allí donde estuviesen la naturaleza y persona divina: se concibe además que, habiendo bajado el Hijo de Dios de los cielos para volver despues á su Trono, á la diestra del Padre, habia de subir tambien á sentarse en su mismo Trono aquel cuerpo que tomó para ofrecerse en sacrificio, pues no podia separarse jamás de Él. La dignacion asombra, por tanto; las consecuencias no; porque el enviar el Padre al Hijo es lo más inefable de su misericordia; pero el coronarlo de gloria y honor, el sentarlo en su Trono como Dios y como hombre, el hacer que toda rodilla se doble delante de Él, es un acto de justicia: el misterio es incomprendible, pero la conexion de unas cosas con otras es bien clara.

Pero, ¿sabeis lo que, ora por la dignacion, ora por sus resultados, tiene embargados á los ángeles y llena de asombro á los moradores del cielo? Lo que hoy está celebrando la Iglesia, dando gracias á Dios por sus bondades y entonando cánticos de admiracion, de alegría, al mismo Dios y á la nobilísima criatura en quien hizo Él cosas verdaderamente grandes. Eso es lo que asombra; una mujer, una pura criatura, que, sin ser Dios ni poderlo ser, tiene el privilegio de acercarse al Trono de Dios, el de sentarse junto á Él y el de recibir honor, potestad y reino; el de ser presentada al antiguo de dias, y ser coronada por Él emperatriz de los ángeles y Reina de cielos y tierra; esto embarga á los ángeles mismos, y los tendrá en éxtasis por toda la eternidad. *Et usque ad antiquum dierum pervenit... et dedit ei potestatem, et honorem, et regnum.*

Hé ahí un acontecimiento tan admirable como inefa-

ble. La Asuncion de María á los cielos en cuerpo y alma es la consecuencia natural de su divina maternidad; y la demostracion de este acontecimiento es la condenacion de ese materialismo impío que tiene al mundo en convulsion y plagado de males y de aberraciones. Porque una vez demostrada la resurreccion de una pura criatura, como la fé nos enseña que nos ha de acontecer á todos los hombres en el último dia, queda demostrado con la experiencia que ha de llegar ese dia, en el cual nuestras almas han de dar vida nueva á nuestros cuerpos, resucitando éstos, sin exceptuar ninguno, para ir unos al cielo y otros al infierno.

La Vírgen es por su dignidad más noble que los ángeles, y no está sujeta á la ley que comprende á todos los hombres por el pecado de origen: el que la eligió para que fuese su Madre la resucitó, llegando para Ella al tercer dia de su tránsito feliz, aquel momento en que fué presentada ante el antiguo de dias, y fué coronada por Él como no lo ha sido ni puede ser nadie, despues del Hijo de Dios; y éste es el momento que intento describir para gloria de Dios y de su Madre y para nuestro consuelo. La coronacion de María es la consecuencia de su dignidad. Pero ántes de hacerlo, saludemos á esta Reina triunfante y gloriosa, diciéndola con el ángel:

AVE MARÍA.

III. Dos cosas hay, dice San Bernardo, que son inefables, y son el Trono que Dios tuvo en la tierra en el seno de una Vírgen, y el que ese mismo Dios preparó en el cielo á esta Vírgen: lo uno y lo otro es admirable, y lo uno y lo otro exceden la comprension del hombre. (Serm. 2.º *De Assumpt.*) Y en efecto: el acto mayor de la Omnipotencia de Dios ha sido el de la Encarnacion de su Hijo; porque en él se hizo la union de la sublimidad infinita con la

bajeza infinita; el Eterno se hizo temporal, el inmortal se hizo mortal en la naturaleza humana, el inmenso se circunscribió á un punto determinado, y el que no cabe en los cielos y la tierra se estrechó hasta encerrarse en el claustro virginal; y, por fin, el que da á todo sér la vida, la respiracion, el alimento y todas las cosas, descendió al extremo de recibir de una mujer la vida, el alimento, sus consuelos, sus cariños, sus ósculos, y cuanto recibe un hijo de su madre.

Ni es esto todo: porque al bajar de los cielos el Hijo de Dios, no se separa de la gloria de su Padre, y sin embargo, toda esta gloria se traslada con Él al seno de esa vírgen, convirtiéndose su vientre virginal en cielo donde habita el Altísimo y en trono desde donde rige y gobierna el mundo. ¡Oh milagro! ¡Oh portento! ¡Oh prodigio que no comprenden los mismos serafines! Allí está por nueve meses el sólio de la augusta Trinidad; porque si bien es sólo la persona del Hijo la que ha tomado nuestra naturaleza humana, no puede estar allí el Hijo sin que esté con Él el Padre, ni puede separarse de ellos el Espíritu Santo. Allí, por consiguiente, está la sabiduría de Dios, la omnipotencia de Dios, la magnificencia, la majestad y la gloria de Dios; allí se han trasladado los querubines y los tronos, y allí resuenan los acentos de los serafines, que dicen sin cesar: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria.* (Isai., cap. vi, 3.)

Todo esto aconteció tan pronto como el Hijo de Dios se hizo hombre en las entrañas de la Vírgen María. Desde aquel momento la Vírgen se presenta como la imágen perfecta de la Beatísima Trinidad entre los objetos visibles; porque en un solo acto, cual es el de ser Madre del Hijo de Dios, acto que es indivisible, intrasferible é incommunicable á ninguna otra criatura, adquiere tres terminaciones realmente distintas, cuales son el ser Hija

predilecta del Padre, Madre amantísima del Hijo, y Esposa dulcísima del Espíritu Santo. ¿Qué ángel puede llegar á tan inefable semejanza con Dios, uno en esencia y trino en personas? Y esta dignidad de la Virgen no puede contemplarse sin llenarse uno de asombro, y sin poder ménos de confesar que es tan altísima é inefable la excelencia y dignidad de esa Señora, que obliga á quien la contempla á imitar á los mismos serafines, cubriéndose el rostro y postrándose con acatamiento profundo delante de esta Virgen, no pudiendo articular más que una frase, la que la dijo con reverencia y humildad el arcángel Gabriel: *Dios te salve, llena de gracia; bendita tú eres entre todas las mujeres.* (Luc., cap. 1, 28.)

Admirable é incomprensible es todo esto, mis amados oyentes; pero no lo es ménos lo que sucede cuando llega el momento de la retribucion, el momento en que este Dios-Hijo va á devolver á su Madre favor por favor, gracia por gracia, y trono por trono. Veamos lo que habia hecho la Madre, para entender cuál tenía que ser el retorno del Hijo. El amor que María tenía á Dios, amor tan inefable como la dignidad á que fué elevada, hizo que accediese á lo que Dios la pedia, y era que lo admitiese en su seno, y María consintió. (Luc., cap. 1, 38.) ¡Ah! parece imposible que tengamos que decir que esta virgen concedió á Dios la gracia de que pudiese convertir su seno en trono de su gloria; y sin embargo es así, pues ántes de hacerse Hijo suyo, la pidió su consentimiento. El Hijo, por tanto, la habia de devolver favor por favor, gracia por gracia, trono por trono.

El momento de esta recompensa llegó, y no puedo describirlo sin decir ántes, con San Pedro Damiano, lo que aconteció en él. «Más resplandeciente que el sol, dice este santo Padre, fué aquel día en el cual la Virgen María fué ensalzada al Trono del Padre celestial, y se vió colocada en el mismo Solio de la Beatísima Trinidad, te-

niendo en asombrosa expectativa á los ángeles, cuando éstos vieron que esta Virgen, vestida de traje de oro, rodeada de mil variedades, y adornada de todas las virtudes, se sentaba á la derecha del Señor.» (S. Pet. Damian., serm. *De Assumpt.*) Esto es en compendio lo que aconteció en el día más grande que ha habido en el mundo despues de aquél en que el Hijo de Dios subió á los cielos para abrir sus puertas y entrar en ellos acompañado de muchos millones de almas rescatadas del poder de Satanás, y tomar posesion de su reino eterno, sentándose á la diestra de su Padre. María se sentó junto al Trono de la Beatísima Trinidad, á la mano derecha de su amado Hijo: con esto está dicho todo.

IV. Sin embargo, no basta decir que la Madre de Dios, que habia engendrado al Rey del cielo, fué á colocarse en el reclinatorio de oro de la Majestad infinita, descansando en los brazos de su Hijo: no basta decir, con el citado santo Padre, lo más sublime y notable de esta entrada de la Virgen en la gloria, y es que hay entre la Virgen y los Santos la diferencia de sentarse éstos en los Tronos que Dios les ha preparado, y Aquélla en el que Ella misma labró y preparó para sí; pues su verdadero Trono es el Hijo que ella engendró. (S. Ped. Dam., serm. *De Assumpt.*) Es necesario internarse en la contemplacion de las obras de Dios, y ver lo que ha precedido á ese momento de triunfo y de gloria: y, en verdad, despues que se examina con las luces de la fé lo que ocurrió miéntras la Virgen vivió en la tierra, al llegar á la consideracion de su entrada en los cielos, el entendimiento entra en una especie de atonía dulcísima, la lengua se paraliza, y las potencias del alma descansan en un éxtasis que produce la vista en espíritu de tantas y tan inefables maravillas.

Dice el mismo santo Doctor que aquel día fué un día de dignidad y de poder, cual no habia habido otro para una pura criatura. (Serm. *De Assumpt.*) ¿Qué poder es

este que se manifiesta como no se habia manifestado hasta entónces para otro que no fuese el Hijo de Dios? El poder del mismo Hijo de Dios, poder que Él ostenta con magnificencia y gloria para honrar á su Madre. Y ¿qué dignidad es esa que no habian visto los moradores del cielo? La misma dignidad del Hijo de Dios como Rey inmortal de los siglos y Emperador de los cielos y la tierra, que Él mismo traslada á su Madre coronándola por Reina del mundo y Señora de todo lo criado.

Y esto es lo que os he dicho que me asombra; no me asombra ver al Hijo sentado á la diestra del Padre, porque es Dios; pero no puede ménos de asombrarme al contemplar á una pura criatura sentada en el trono de Dios, porque esa criatura ni es Dios ni puede serlo. También vosotros os asombráis, mis amados oyentes; pero debo deciros, para que vuestra fé sea siempre tan pura como la luz del cielo, que el Hijo de Dios se sienta en el Trono de su Padre por derecho de naturaleza, y la Madre en el de su Hijo por gracia; lo que, sin embargo, no impide que esta elevacion sea inefable. Pertenécele á Aquél esta dignidad incommunicable, porque es *el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia*. (*Hebr.*, cap. i, 3.) Pero pertenece también á la Virgen por derecho de transmision hereditaria, por derecho de mancomunidad de bienes, por derecho de adquisicion de los mismos bienes, y, por fin, por derecho de asimilacion perfecta con su Hijo en los medios por donde el Hijo y la Madre han llegado á la cumbre de la gloria. Esa dignidad es una gracia; pero es una gracia coronada por el Hijo, por haberse hecho digna de ella su Madre; una gracia por la cual ha suspirado, que ha pedido á su Padre, que ha esperado, y que se le ha concedido, despues de haberla suplicado con oracion y con lágrimas en los dias de su mortalidad, siendo oido por su humilde reverencia y por su infinita dignidad. (*Hebr.*, cap. v, 7.)

Es tan grande el cúmulo de grandezas que resultan para María con sólo ser Madre de Dios, que basta considerarlas con sólo la razon ilustrada por la fé para entender que su exaltacion al Trono de su Hijo es la consecuencia natural é inmediata de las relaciones que median entre los dos por la maternidad divina. Preséntase, lo primero de todo, el derecho de transmision hereditaria, pues, segun las prescripciones de la ley natural, así como el hijo hereda de su madre, también la madre hereda al hijo. ¿Quién, no ya de los hombres, sino de los ángeles, no queda atónito al oír esto? Si el Hijo de Dios hubiese podido morir como mueren los demás hombres para levantarse en el último día del mundo, su Madre era la heredera natural de todos sus bienes, y con más razon de los bienes que habia ganado en la naturaleza que su Madre le habia dado. Murió para resucitar al tercero día; pero durante esos tres días, ¿no podemos decir que María fué su heredera? ¿No fué Ella la depositaria de los despojos que su Hijo quitó á Satanás con su muerte? ¿No estuvieron encerradas en su corazon todas las gracias que su Hijo habia merecido para Ella misma y para todos los escogidos? Ahí está, pues, el derecho de transmision hereditaria: nosotros todos, dice el Apóstol, somos verdaderamente *hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos de Cristo*. (*Rom.*, cap. viii, 17.) ¿Cuánto más lo ha de ser su Madre? Nosotros lo somos porque el Padre nos ha adoptado en su Hijo natural. ¿Cuánto más lo será la que es Madre de este mismo Hijo, la que ha trabajado á la par con Él para ganar la reconciliacion del mundo con el cielo, y la libertad de la gloria que tenemos de hijos de Dios? (*Rom.*, cap. viii, 21.)

La Virgen María tiene un derecho especial, singular y único á las glorias y los triunfos de su Hijo, ora porque le ha ayudado á ganarlos, ora porque es la heredera de sus bienes, ora porque hay entre la Madre y el Hijo

la asimilacion más perfecta en el modo de llegar al punto más culminante de su carrera mortal, que es el de su triunfo y su gloria.

V. Demanda este último punto un exámen especial y una atencion profunda. Hay tal asimilacion en la vida, en la muerte y en la glorificacion del Hijo de Dios y la de su Madre, que, aparte la distancia infinita que media del Hijo á la Madre por ser Dios, en todo lo demás no se diferencian en nada. Contemplad, amados oyentes, lo que es la naturaleza humana de Jesucristo: es *Éste santo, inocente, sin mancilla y segregado de los pecadores.* (*Hebr.*, cap. vii, 26.) Siendo así, siendo la muerte un castigo que Dios ha impuesto al hombre por el pecado, ¿debía morir Jesus? No debía morir; pero murió, porque era un mandato que su Padre le habia impuesto al tomar nuestra naturaleza; era esto lo que Él mismo habia ofrecido á su Padre cuando le decia que, puesto que no se aplacaba su ira con los holocaustos, puesto que le habia preparado una forma de siervo, venía dispuesto á hacer en todo su voluntad. (*Hebr.*, cap. x, 7.) Murió el Santo por esencia; pero fué porque, segun la sublime idea del Apóstol, *el que no habia conocido el pecado, fué hecho pecado por su mismo Padre,*, cargando sobre Él toda la responsabilidad de los pecadores, *para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.* (*II Cor.*, cap. v, 21.)

Además, el solo hecho de haberse encarnado el Hijo de Dios en el seno de la Virgen es de un valor tan grande, que basta para reconciliar el cielo con la tierra, y salvar á todos los hombres; suficientes son tambien las gotas de sangre que, á los ocho dias de nacido, le hace derramar el cuchillo de la ley. Y, sin embargo, el Hijo de Dios quiere pasar una vida, cuyo tejido es la pobreza, las privaciones, las persecuciones y los trabajos, y quiere que los verdugos y los sayones le hagan derramar hasta la última gota de su sangre á fuerza de azotes, de espinas,

de clavos y de lanza cruel, consumando en treinta y cuatro años el sacrificio que empezó en Nazareth y concluyó en el Gólgota.

Por fin, este Rey inmortal de los siglos, en cuyas manos sabia Él muy bien que su Padre tenía puestas todas las cosas (*Jo.*, cap. xiii, 1), en quien habitaba toda la plenitud de la Divinidad (*Colos.*, cap. i, 19), y quien sabia tambien que nadie podia despojarle de lo que su Padre le habia dado (*Jo.*, cap. x, 29), y que por su propio querer entregaba su vida á la muerte, y la volvería á tomar por su propia virtud, cumpliendo con el precepto de su Padre (*Jo.*, cap. x, 18.): este Señor de la vida y de la muerte quiso, por una dispensacion inefable de su infinita humildad, vivir por espacio de treinta y cuatro años ejercitando la virtud de la esperanza, esperando un gran acontecimiento y pidiendo á su Padre su cumplimiento con gemidos, con clamor fuerte, con lágrimas.

Y ¿sabeis qué era lo que esperaba Jesus y lo que suplicaba con toda humildad? Su resurreccion, y con ella la de todos los hombres, pues con ella inutilizaba el aguijon de la muerte; su resurreccion gloriosa, y como consecuencia de ella, la de todos los escogidos, pero muy en especial la de su Madre. Considérese por un momento lo que pasaba en el corazon de Jesus: sabia cierta é infaliblemente que habia de resucitar. Y ¿no lo habia de saber, cuando estaba contestando siempre á su Padre y á su esposa la Iglesia que le instaban á ello? Decíanle Aquél y ésta: *Levántate tú, que eres mi gloria, mi salterio, mi cítara:* y él contestaba: *Me levantaré de madrugada.* (*Ps.* vi, 9.) Sin embargo, véase qué oracion tan tierna, tan afectuosa y tan conmovedora dirige á su Padre: *Tú, le dice, no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea la corrupcion.* (*Ps.* xv, 10.) *No se avergüencen por mí los que te esperan, Señor, Señor de los poderios. No queden corridos por causa mia los que te bus-*